1965

JOSE CARLOS DE LUNA, DIVULGADOR DEL FLAMENCO

Por Juan de la Plata

Recuerdo que fué sobre 1942 cuando cayó en mis manos, por vez primera, una obra de José Carlos de Luna. El librito era una especie de catecismo del flamenco, y se titulaba "De cante grande y cante chico". Lo compré casi nuevo en un kiosco de libros viejos. En la portada, dibujados por el autor, un canario (simbolizando el cante grande) y una jaula con un grillo (simbolizando el cante chico). ~~Un poco más abajo, decía: tercera edición~~

Aquel librito, en el que el autor divulgaba simplemente lo que sabía, sin pretenciones más ambiciosas, caló pronto en mi curiosidad de neófito aficionado y llegué a releerlo muchas veces, antes de conocer más adelante otros libros del escritor malagueño. Entre ellos recuerdo "Gitanos de la Bética", un libro enorme, muy bien editado, con muchas láminas, con fotografías impresionantes del legendario "Chorrojumo" el llamado rey de los gitanos de Granada. Tambien leí su "Taberna de los Tres Reyes", magnífica colección de poesía flamenca, escrita con gracia de la fina y con sabor muy andaluz.

Muchos artículos escribió tambien José Carlos de Luna, en la Prensa de Madrid y de provincias, sobre el tema del flamenco, entre los que recuerdo dos o tres relacionados con la Cátedra de Flamencología y el Festival Flamenco de Jerez, quizás de los últimos salidos de su pluma, dedicados a tan apasionante tema.

Pero yo quiero dedicar mi recuerdo al maestro, hablando más que nada de aquel primer librito suyo que leí, apenas cumplidos mis diez años. Y estudiar su aportación a la bibliografía flamenca, con tan interesante obra, que por sí sola sirve para catalogar a José Carlos de Luna como uno de los primeros divulgadores contemporáneos de nuestros cantes y bailes. A él, como pionero de estos modernos estudios flamencológicos, debemos mucho los que luego hemos seguido sus mismos pasos, ya que él nos marcó la pauta a seguir con "De cante grande y cante chico".

Ante todo digamos que "De cante grande y cante chico" está escrito con un muy alto sentido lírico del tema. El autor, ni en ésta ni en ninguna otra ocasión, en que trató éste o muy distintos temas, quizo olvidarse de que por encima de todo era poeta; nada menos que

todo un gran poeta andaluz. Por eso, todo lo que dice en "De cante grande y cante chico", está dicho con un llano estilo lírico y salpicado de cantares propios o populares, que nos salen al paso de la lectura de este libro, como si de cuando en cuando el autor quisiera descansar la pluma y canturrearse un poquito por lo bajini, como explicación gráfica de tal o cual ejemplo de soleá, caña o petenera, pongamos por casos.

Si José Carlos de Luna sabía ~~cantar~~ cantar, es cosa que nosotros ignoramos. Sus muchos amigos de Jerez, con los que gustaba reunirse de vez en cuando, sí que lo sabrán, y ellos tal vez le escucharan alguna vez, en la intimidad de una reunión, con sus copitas por delante.

Pero vayamos al libro, y nos nos salgamos de la cuestión.

El primer capítulo lo tituló José Carlos de Luna "Temple" y todo él es una brava defensa del cante nuestro. Para empezar, parece que quiso canturrearse este fandango suyo:

Quiero vivir en la sierra,
porque me gusta el oir,
cuando despierta la tierra,
el canto de la perdíz
que, celosa, pide guerra.

La defensa que José Carlos de Luna hace del cante, se condensa en estas lineas, escritas con más claridad que el agua de la fuente de Los Albarizones:

"?Por qué va a ser el cante patrimonio de profesionales de tablao, de toreros de rompe y rasga, de señoritos troneras? Siempre que se habló de él se le añadió, despectivamente, el sobrenombre de flamenco; siempre se le miró a través de una nube de humazo y vaharadas de manzanilla; desenvolviéndolo entre una chusma de rufianes y mujerzuelas -manoseada juerga- de la que se destaca un prócer marchoso y achulado, su mantenedor, y un inglés flemático, sistemáticamente enamorado de una bailaora. Cuando precisaba cerrar el capítulo se armaba la bronca, y, trágica o cómica, era el entierro de soleares, siguiriyas, polos y alegrías.

"Si se habló de la copla andaluza, salió a relucir la probesita mare, el pare ajustisiao, el cimenterio, el presidio, la puñalaíta; y todo esto resultó grotesco, si se tomó en serio; ridículo, cuando algún "fino ingenio" trazó su caricatura.

"Nadie miró con cariño esta modalidad del pueblo andaluz, a la que el terreno y el ambiente modifican la

esencia; que se acomoda al vivir de cada comarca, y que si en una huele a tomillo y almoraduj, e n otras trasciende a mosto jerezano y albahaca; si en unos lugares la calcina el aire que caldeó las rastrojeras, en otros difunde las frescuras de las brisas de la mar; si en esta comarca posee la bravura de las montaneras, en aquella está llena de suavidades de playa; si aquí llora la tristeza y monotonía del trabajo en la fragua, allí salta risueña y alegre en medio de los trajines de la vendimia.

?Se puede hacer una defensa más lírica del cante? El poeta malagueño sabe muy bien lo que dice, porque tal véz él mismo se encontró más de una vez, entre señoritos y flemáticos ingleses, que no le dejaron escuchar con sus óles y sus bromas a destiempo. El sabía muy bien que siempre hubo señores escritores que gozaban ridiculizando nuestras coplas y que los que siempre se las dieron de finos y cultos, sin ser nada más que unos memos y unos cúrsis, desdeñaban el cante como algo pecaminoso, propio de gente baja y rodona; ignorando estos últimos que lo que ellos consideraban como algo vergonzoso, era nada más y nada menos que el teso-

ro musical del pueblo andaluz, de cuyo cofre extrajeron sus más ricos engarces, para sublimizar su propia música, compositores ilustres y universales como un Manuel de Falla, un Albéniz, un Turina, un Glinka, Debussy, Ravel, Rinskykorsacow, y tantos otros.

José Carlos de Luna, fino y sagáz observador entre los de su tiempo, añadía en el "temple" de su libro: "Hubo quienes utilizaron los cantares como grotescos caireles de la España de pandereta, o los diseccionaron con un escalpelo pedantescamente esgrimido, sacando de ellos eruditas observaciones gramaticales; o, con pinzas despuntadas y mohosas, fueron agrupándolos por series, como si se tratara de cuerpos de química orgánica".

"Se mercantilizaron en la escena, cuajándose en cromos de marcado catetismo, empalagando con un subido aroma, que quiere ser de campiña y no es sino perfume barato, mercado aprisa en cualquier droguería castellana".

Y terminaba con estas exclamaciones, de viejo aficionado, cansado de tanta pandereta barata: "!Cante jondo! !Cante flamenco! !Cante andaluz!...!Cómo te comprendieron unos y otros! !Con qué mal ángel te trataron casi todos!

El libro "De cante grande y cante chico"como su título indica, trata de todo el cante, aunque José Carlos de Luna, en contra de lo que muchos han creido, no era partidiario de estas divisiones, que él negaba diciendo que"el cante chico es hijo del cante grande, y si para éste debemos tener la atención y el respe to que su majestad requiere, para aquél no debe abandonarnos el entusiasmo que provoca lo bello." Y,en efecto, así es. Porque ?quereis decirme si muchas veces no os parecerá más bello y grandioso un cante por bulerías, o por alegrías, o por cantiñas, que una caña o un polo, cantados con aburrido soniquete? De lo que se deduce que no hay más cante grande que el que está bien cantado y cante chico que el que está mal dicho. Una seguiriya en boca de un mal cantaor nunca puede ser cante grande, si noe está dicha con toda la solemnidad, con todo el arte que su dificultad requiere. Por el contrario, una bulería picante y graciosa, en boca de un buen cantaor, siempre será cante grande, digan lo que digan los eruditos que nada saben de ésto.

Cuando nadie o casi nadie sabía nada de cante, José Carlos de Luna nos enseñó muchas cosas con su libro. Y a él fué el primero que se le ocurrió que el origen de todo el cante podía estar dentro de ese famoso triángulo, "que tenga sus vértices en Morón, Jerez y Ronda", definiendo geográficamente la zona más cantaora de toda Andalucía, de la que salieron los más grandes artistas del cante.

José Carlos de Luna nos habla en su libro de todos o casi todos los estilos de cante que él conocía en la época en que escribió su obra. Por sus páginas desfila la semblanza lírica de la caña, antigua y majestuosa; el polo y el medio polo, hermanos menores de la caña; la soleá sentenciosa y la petenera, "que no puede probar su limpieza de sangre flamenca; la triste y profunda seguiriya gitana; la saeta "que dice las penas de la Madre de Dios"; los cantes de la fragua; los tangos flamencos y los tanguillos de Perico el de las Viejas Ricas; los caracoles sanluqueños; las guajiras dulzonas, con gusto a pulpa de guayaba; nuestras alegres bulerías; las serranas serias y graves; las trotonas caleseras;

el cante de la trilla; nuestras viejas nanas; las temporeras cordobesas; los fandangos de Lucena, de La Peza, de los Verdiales, de Juan Breva; y los fandanguillos de Huelva, con el de Pérez de Guzmán al frente; los recios cantes de las minas; la malagueña de la Trini y el Perote; los cantes granadinos, que más que cantes son oraciones a la bendita Virgen de las Angustias, "la que está en la Carrera"; y hasta ciertos cantes privativos de los gitanos granadinos, que llaman roás y alboreás; que los demás gitanos, por lo menos los de por aquí abajo, se niegan en redondo a cantar porque consideran que ello sería profanar algo muy suyo.

En fin, José Carlos de Luna fué el pionero de todos estos modernos estudios, que no sabemos si servirán para algo, pero por lo menos conseguirán alargar un poco más la vida de ese gigante que se moría a chorros: el cante, nuestro cante.

José Carlos de Luna aportó mucho a la historia de la Flamencología. Su obra más representativa era esa, "De cante grande y cante chico", y a ella nos hemos señido. !Ojala que su esfuerzo y el nuestro sirva de algo para que el cante flamenco no muera nunca!